

XI

El hombre

Saint-Beuve ha dicho que cuando quería conocer á un escritor se hacía las siguientes preguntas:—«¿Qué piensa en religión? ¿Qué impresión le causa el espectáculo de la naturaleza? ¿Cuál es su conducta con respecto á las mujeres? ¿Estima el dinero? ¿Es rico ó pobre? ¿Cuál es su régimen de vida?»

Ya he respondido á algunas de estas preguntas en el curso de este trabajo. Quiero, sin embargo, reunir todos esos rasgos esparcidos, anotados al azar, para obtener en algunas páginas un retrato completo y vivo.

Zola es un hombre de buena estatura; tiene esa finura de extremidades que se considera como un signo de raza: los pies y las manos son pequeños. Moreno, la tez mate, miope, pero no hasta el punto de recurrir á los lentes para leer ó escribir, lleva los cabellos cortos. Debajo de una frente alta y perpendicular, una frente que, según la expresión de uno de nuestros amigos, M. Paul Bourget, «semeja una torre», los ojos tienen una mirada dulce y reflexiva; lo más característico en

su rostro es la nariz, una nariz investigadora, hundida en el extremo, como dicen que era la de Balzac. Las mejillas llenas, con la parte inferior del rostro un poco corta, á la vez cuadrada y redonda. El conjunto recuerda bastante la fisonomía de uno de esos soldados romanos que conquistaron el mundo; el todo reposa sólidamente sobre un cuello poderoso. En suma, nos encontramos enfrente de un varón fuerte, de sangre latina, turbada por sensibilidades nerviosas. Esto en cuanto al físico.

Nacido de un italiano y una francesa—criado en el Mediodía de Francia al aire libre, mimado por su madre, que le dejaba hacer su capricho, venido después á Paris á los dieciocho años, donde conoce la negra miseria—obligado entonces á trabajar para sostener á los suyos,—logra triunfar al fin, después de larga lucha: tal es, en una frase, toda la historia de este hombre.

¿La voluntad lo es todo en el hombre, según algunos filósofos? ¿Zola está dotado de una dosis heroica de voluntad? Para algunos espíritus superficiales la pregunta parecería ociosa, en presencia de los resultados que ha obtenido en veinte años de esfuerzos. Yo debo decir que he notado muchas veces su gran admiración cuando se le habla de su voluntad. En el fondo, en la vida ordinaria, se siente muy débil, y cede casi siempre, sin duda por amor á la paz. Toda su voluntad literaria, dice á menudo, ha sido al principio la necesidad de hacer vivir á los suyos, necesidad combinada, es verdad, con una gran emulación.

Cuanto más dulce y conciliador se muestra en la vida, tanto más ambicioso y dominador ha sido

en las cosas del espíritu. En el colegio y en la literatura siente una necesidad nativa de ser el primero. Si discute con alguien en el orden puramente especulativo, se rendirá difícilmente y le será muy penoso no tener razón. La emulación tiene en él tan profundas raíces, que se manifiesta aun en las circunstancias más insignificantes. Me ha sucedido jugar con él al ajedrez y ganarle. Me ha confesado que esto le disgusta tanto en el primer momento como si se le negase todo talento literario.

Cuando se apasiona uno de este modo por tan poca cosa, juzgad de qué resorte se debe estar dotado en presencia de cosas serias. Hay en él una llama intelectual, sin cesar encendida, que le impulsa á prodigarse para tratar de convencer á los demás. De aquí sus dotes excepcionales de polemista. La pasión llama á la pasión. Por esto se hace escuchar. Si no convence siempre á la multitud, sus demostraciones consiguen por lo menos conmoverla, y ve uno encenderse bruscamente como un reguero de pólvora uno de esos grandes escándalos artísticos, literarios y hasta políticos que preocupan y apasionan á la opinión pública. Hombre de fé y de espíritu ardiente, es al mismo tiempo un sacerdote. Por muy positivista que se considere, tiene el sacerdote una gravedad dulce, una afabilidad tierna, y sobre todo una incurable melancolía, producida por el convencimiento de la pequeñez de todo. El cuerpo pesado por la falta de ejercicio, de una sensibilidad nerviosa, enfermiza, le predispone á la melancolía. La fé ardiente de que he hablado, no existe en él más que en las horas de trabajo y en sus discusiones

con los amigos. Pero cuando las ruedas de su espíritu cesan de funcionar, sobreviene la duda. ¿Permanece dos días sin trabajar? Vive como un alma en pena. ¿Ocho días? Caería enfermo.

Cuando el trabajo intelectual se os ha hecho hasta este punto necesario, cuando la vida llega así poco á poco á concentrarse alrededor de un punto único, no es extraño que se produzca un desequilibrio. Todas las otras funciones continúan cumpliéndose, pero de cualquier manera. Examinemos por ejemplo «el capítulo de las mujeres.» ¿Cuál será la conducta de ese gran trabajador respecto á las mujeres? ¿Las amará? ¿Perderá horas y días en decirles galanterías, ó en hacerlas hablar solamente, poniéndose á su alcance? ¿Se complacerá en medio de las faldas? Evidentemente, no. Lo mismo que Gustavo Flaubert, Zola no es un mujeriego. Siempre le he conocido amigos, nunca queridas. Es un perfecto marido de una conducta ejemplar.

—¡Gran Dios!—le he oído decir riendo—¡otra mujer además de la mía!... ¡Pues no me haría perder poco tiempo!...

Si se discute delante de él respecto á la belleza de una mujer, se muestra de un gusto difícil y expone juicios severos. Con respecto á la inteligencia femenina, su severidad se trueca en desprecio.

Lo mismo que no es un mujeriego Zola, tampoco es un mundano. Un fondo de timidez natural le impedirá brillar en un salón. No porque tenga más dificultad para hablar que otro; pero delante de desconocidos y de indiferentes muéstrase re-

servado. No habla más que entre amigos, cuando se apasiona. Delante de rostros que no le son familiares ó que no le son simpáticos, no pronunciará más que algunas frases breves, agudas, dejando ver á los imbéciles que los juzga como á tales. Cuando se tiene este exceso de franqueza, se pasa por un grosero. Más vale por lo tanto no molestar, quedarse en zapatillas al lado del fuego, en medio de un pequeño círculo de íntimos, delante de los cuales, sin procurar distinguirse, se puede decir todo. Esto es lo que hace casi siempre. Entonces es verdaderamente él: afectuoso, modesto, interesándose por vos, sabiendo escuchar, hacer caso de vuestro pensamiento, dejándoos penetrar en los más íntimos repliegues del suyo, sincero, y en fin, realmente simpático. No se le conoce verdaderamente si no se le ve en la intimidad. Y si tiene enemigos, es entre los que no le tratan.

Zola es, pues, absolutamente el tipo opuesto á esos comediantes del sentimiento que yo conozco: todo miel y dulzara delante de los desconocidos, todo seducción para las gentes que le ven por primera vez, y en el fondo hombres duros, falsos y perversos que se complacen en atormentar á los que le rodean.

Durante el verano va á pasar algunas semanas á orillas del Océano; no escoge nunca Dieppe ni Trouville, sino la más ignorada, la más desierta de las estaciones balnearias. Cuando más grande es su celebridad, más evita á la multitud para escapar á las miradas lanzadas sobre él.

—No soy verdaderamente yo mismo y no estoy en posesión de todas mis facultades—dice al-

gunas veces—sino aquí, en mi estudio, solo, delante de mi mesa de trabajo.

¿Un hombre que huye así de la multitud puede ser orgulloso. Sí y no. Hay diferentes clases de orgullo. Es un orgulloso si se entiende por orgullo la legítima altivez de la inteligencia, el deseo de comprenderlo todo y de subir muy alto, y en fin, el instintivo desdén por la imbecilidad. Pero en el sentido estrecho y mezquino de la palabra, si por orgullo se entiende vanidad, Emilio Zola no es orgulloso. Tiene, al contrario, el sentido crítico demasiado desarrollado para no ser modesto. Tener el sentido crítico desarrollado es ver claro en él como en otro cualquiera: es tener el perpetuo sentimiento de la pequeñez de sus facultades y de la pequeñez del hombre. ¡Felices los artistas creadores que no se ven atormentados por este sentido crítico! Estos al menos pueden engañarse sobre su poder, vivir en un continuo deslumbramiento de sí mismos, gozar de su obra, que á medida que la contemplan encuentran más bella. Son como Courbet en éxtasis delante de uno de sus lienzos, con una sonrisa de satisfacción en los labios y repitiéndose á sí mismo: «¡Es gracioso! ¡es gracioso!» Son los grandes líricos creyendo que Dios habla por su boca, haciendo de profetas cuyos cantos anuncian el porvenir. Mientras que aquel de quien yo hablo, no es más que un desgraciado que duda de sí más que de los demás, que se martiriza sin cesar y ni siquiera puede leerse.

Una obra hecha es para él una obra que ya no existe. Muy raramente satisfecho de las tres ó cuatro páginas que produce cada día, concluye

por ponerse enfermo, está tentado de rechazarlo todo cuando ve las pruebas, y al fin arroja el libro á un lado cuando hã aparecido. Tendría miedo si se entretuviese en volverlo á leer, de encontrar á cada línea abismos de error y de debilidad. Prefiere, por lo tanto, no pensar en él y ocuparse solamente de la obra futura.

En estos momentos le he oido repetir muchas veces:

—Siempre me parece que soy un principiante. Olvido los veinte volúmenes que tengo detrás de mí, y tiemblo preguntándome cuál será el mérito de mi próxima novela.

Es, pues, orgulloso, en el sentido elevado de la palabra; ambicioso y dominador en el campo de las ideas, pero modesto por reflexión; amante de permanecer en casa, pues no experimenta ninguna satisfacción de amor propio en los salones; poco amigo de las mujeres y desdeñoso por el dinero, aunque ha carecido de él mucho tiempo; trabajador asiduo, metódico, que simplifica el trabajo, y no hace más que lo estrictamente necesario, y lo subordina todo á la tarea cotidiana; sin gran voluntad en las cosas de la vida, en las cuales se muestra dulce é indiferente, en religión y en filosofía positivista, poco preocupado de las cuestiones metafísicas, cuya solución no se encuentra actualmente bajo nuestros instrumentos de análisis, pero creyente en el progreso y atormentado por el deseo de lo absoluto, cuya irrealización se convierte en negra tristeza; en crítica, muy perspicaz, severo con los otros, pero todavía más riguroso consigo mismo; por lo demás, como

todos los hombres, lleno de contrastes, de inconsecuencias y de debilidades, en lo cual está él perfectamente conforme: tales son los rasgos principales de su fisonomía intelectual y moral.

Hoy, que ha logrado el éxito, no trabaja espolado por el aguijón de la necesidad. Con lo que ha ganado y con lo que producen sus libros actualmente en librería, él y su mujer tendrían de qué vivir tranquilamente hasta el fin de sus días. Pero la costumbre de una producción literaria cotidiana se ha convertido para él en una necesidad, como en una segunda naturaleza. La máquina



ZOLA Y LA ACADEMIA, POR GILBERT
MARTIN

Zola, vestido de trabajador de las alcantarillas, ofrece su brazo á la 'Academia, pisándola la cola.

(*Le Don Quichotte*. 1889)

está montada, no hay peligro que se detenga. Si la lucha por el pan ha terminado, otros móviles también imperiosos están allí para decirle todas las mañanas: «¡Coge la pluma!»

A fin de trabajar en una tranquilidad com-

pleta, pasa ocho meses del año en Medan. Ha reunido allí sus notas, sus proyectos, sus papeles de todo género; en una palabra, ha instalado allí su verdadera residencia literaria permanente. Una estancia de cuatro meses en París, cada invierno, le basta para observar de cerca la vida general. Por otra parte, en París, su existencia sedentaria y laboriosa no cambia sensiblemente. Las mismas personas que le visitan en el campo van á verle en la calle de Boulogne. Las horas de comer, de acostarse y de levantarse varían poco. Trabaja igualmente por la mañana. Por la noche no va más que excepcionalmente al teatro ó á algún salón.

En suma, ni el dinero, ni el éxito, ni la celebridad lo han cambiado. Yo puedo certificarlo, yo que lo conozco desde hace muchos años, y lo he visto pobre, lleno de deudas, todavía ignorado. No es uno de esos triunfadores insoportables, infatuados, duros con la gente pobre, que muestran con complacencia los resultados de su éxito ó los méritos de su personalidad. Su vida, insensiblemente ha podido hacerse más holgada, pero no por esto se ha modificado nada en su carácter ni en sus gustos.

XII

La crítica y el público

Llego á la actitud de la crítica y del público ante Emilio Zola.

Hablemos por última vez de ese reclamo que según la malevolencia y la envidia busca constantemente. Como ya he dicho, éste se ha producido por sí mismo á consecuencia de la actitud de Zola como porta-estandarte de un grupo. No es él quien hace el ruido; son los otros, que, con su terquedad, no quieren comprender y prefieren armar escándalo. En cuanto á él, en el retiro profundo donde vive, es el primero que se admira cada vez que uno de estos tumultos imbéciles le obliga brusca-mente á interrumpir su labor y á prestar atención.

—¿Pero por qué gritan de ese modo?—dice entonces.

Esos días algunas veces son amargos. Siente disgusto de los hombres. Hasta su pasión única, la literatura, le parece vacía. Las frases no se dividen en el cerebro como de ordinario; se producen á cada instante tropiezos que le obligan á coordinarlas y á detenerse. Siente tentaciones de confundir á los insultadores. ¿Pero para qué? Se-

ría prolongar inútilmente el escándalo. Más vale no ceder á los nervios. Después de haber abandonado la prensa ha jurado no responder nunca. Además, quince años de insultos lo han endurecido, y concluye por ponerse al trabajo con serenidad, después de haber arrojado los periódicos que le cubren de barro.

En Medan, en un gabinete especial, contiguo á la biblioteca, colecciona todo lo que han dicho de él. Elogios, críticas, calumnias, ultrajes, todo se encuentra amontonado en enormes paquetes atados. Todo esto duerme, esperando que alguien se entretenga en el trabajo considerable de una clasificación definitiva.

El, á quien tantas veces se ha acusado de ser violento, no tendría más que cortar algunos extractos de aquellos artículos; y estas muestras de la urbanidad de la prensa, fechadas y firmadas con el nombre de los autores, compondrían un gran volumen titulado *Sus injurias*, precedido de un prólogo sereno.

¿Cuál es la actitud de la crítica extranjera con respecto á este escritor francés tan injuriado por sus compatriotas? ¿Lo juzga con más parcialidad y rigor? Al contrario. Grandes estudios llenos de profundidad le han sido dedicados en todas partes: en Italia, en Rusia, en Alemania. En Rusia, especialmente, uno de estos estudios ha tomado las proporciones de un grueso volumen. En Italia conozco más de quince obras que tratan de él. Los diarios se ocupan constantemente de su persona. Las discusiones sobre *il verismo* han creado una literatura italiana nueva. Además de Edmundo de

Amicis, un hombre político notable, M. de Sanctis, que ha sido ministro de Instrucción pública, ha escrito grandes estudios y dado conferencias en Nápoles sobre el autor de los *Rougon-Macquart*. Si en Francia Julio Simón ó Julio Ferri hiciesen otro tanto, se escandalizaría la gente. En Italia nadie ha manifestado la menor admiración. España, más atrasada, sigue á Italia. Inglaterra, por razones de puritanismo, gusta poco de Zola, lo lee apenas y no parece tener de él una idea clara; sin embargo, una adaptación de *l'Assommoir* bajo el título de *Drink*, ha sido representada quinientas veces en Londres, y otras tantas en provincias: total, mil representaciones. De América estoy mal enterado; desconozco las apreciaciones de la prensa, pero sé que un editor de Filadelfia ha vendido cien mil ejemplares de *Nana*, traducida, venta de la cual el autor no ha percibido un solo céntimo de derechos. En la Haya, M. Jan Ten Brink, profesor de la Universidad, ha publicado un compacto volumen en octavo sobre Zola y el naturalismo. La docta Alemania no se ha quedado atrás y ha producido extensos estudios.

Racine dijo en el segundo prefacio de *Bajazet*: «La lejanía de los países separa en algún modo la demasiada proximidad de los tiempos: pues el pueblo no diferencia apenas entre lo que está á mil años de él y lo que está á mil leguas.» Lo que Racine decía de la opinión del pueblo sobre los personajes de tragedia, puede aplicarse con no menos exactitud á las opiniones de la crítica sobre los autores. Si, también en la crítica la lejanía de los países separa la proximidad de los tiempos; de

suerte que los juicios del extranjero, en conjunto, y teniendo en cuenta el temperamento particular de cada nación, contienen una especie de avance de los juicios de la posteridad.

Acabo de citar á Racine. También el dulce, el tierno Racine, como todos los escritores originales, atrevidos y verdaderamente fuertes, tuvo motivos de queja de la crítica de su tiempo. Es preciso volver á leer los prefacios de sus obras. ¡Cómo se le siente sufrir á cada línea por la animosidad de sus detractores!

Zola recibe todos los días centenares de cartas de desconocidos. Las hay en todas las lenguas. He pasado algunas veces tardes enteras hojeándolas, con una sensación particular de cosmopolitismo, descifrando apenas algunos nombres propios en las rusas, las inglesas, las suecas, las americanas y las españolas y traduciendo mal las italianas, llenas del énfasis del Mediodía.

Las cartas francesas son las más numerosas. Por lo regular están escritas por jóvenes que en su pequeña ciudad deben soñar con París y la literatura; en sus frases respetuosas se adivina un manuscrito que no osan enviar. También hay cartas de mujeres jóvenes soñadoras y sentimentales que no sospechan que sus efusiones pasarán ante los ojos de madame Zola. De sacerdotes conocedores del mundo, acostumbrados por la confesión á penetrar en el fondo del corazón humano, que van en secreto á confesarse á su vez con el novelista, al cual tratan como una especie de hermano en sacerdocio. De profesores de Universidad, que tratan de entablar pedantescas disputas. Las

hay de iletrados que divagan, de originales que hacen chistes y de necios que le injurian. Las cartas de los locos y de las locas tampoco son raras. Pero lo que se destaca á pesar de todo del conjunto de esta correspondencia universal, diversa como la multitud, es una simpatía desinteresada y también la indignación á veces elocuente, de gentes que, habiendo leído sus obras sin prevención, se escandalizan de las injusticias y de la ligereza de la crítica contemporánea.

Nada es eterno, después de todo, ni siquiera las leyendas. Todo lo que se puede hacer para inutilizar á un escritor, lo ha hecho cierta crítica con Zola. Felizmente, el público se hace cargo poco á poco de las calumnias y descubre la injusticia. No hay más que confiar en él. El tiempo hará lo demás. En cuanto á mí, he querido simplemente dar en este estudio algunas notas sinceras que puedan servir algún día de documentos á algún crítico científico de talento y de conciencia, si llega á haberlo en nuestra literatura.

PAUL ALEXIS.

El Calvario de Zola

I

El año nos ha dado con la muerte de Daudet un adiós muy triste.

Le sacaron de su casa entre coronas salpicadas de lágrimas. Eximios cantantes de ópera le cantaron en la iglesia la «Rose des morts», la «Solicitude», el «Sanctus», el «Pie Jesu», el «Libera.» Luego se puso en marcha el cortejo fúnebre con los Zola, Fouquier, Drumont, Henry Houssaye, de Vogüe, Marcel Prévost, Clemenceau, Lepelletier, Baüer, Rochefort, Lemaitre, la Academia de Goncourt, S. Mallarme, Forain, Armand Silvestre, Catulle Mendes, Carolus Durant, Flammarion, Aurelian Scholl, Sarah Bernhardt, Jean Lorrain, Anatalole France, Francois Coppée, Victorien Sardou, André Theuriet, Grosclaude... y otros, y otros; toda la gloria científica, literaria y artística de Francia; y en seguida el pueblo de amigos y admiradores, y casi todo el París intelectual.